

José-Miguel Ullán. *Por una estética de lo inestable*

Rosa Benítez Andrés

IBEROAMERICANA: MADRID, 2019

254 PÁGS.

Ullanura solitaria

Por Mario Martín Gijón

Se cumple este año una década de la muerte de José-Miguel Ullán (Villarino de los Aires, Salamanca, 1946 – Madrid, 2009), autor de una de las obras más diferenciadas y distanciadas de la poesía contemporánea española. Pese a la innegable presencia que tuvo en varios ámbitos (en la lírica, pero más aún en la crítica de literatura y arte), su obra ha sido objeto aún de pocos estudios, por lo que son necesarios libros como el de Rosa Benítez Andrés, adaptación de su tesis doctoral sobre el autor salmantino.

Las primeras páginas intentan explicar la relativa exclusión de Ullán, que se gesta a partir de que los «novísimos» son encumbrados como la nueva vanguardia, postergando a escritores más experimentales. Más tarde, el éxito de la poesía de la experiencia hizo que se tendiera a aglomerar bajo la etiqueta de «poesía del silencio» a todo lo que no encajara en la primera corriente, incluyendo a Ullán, a pesar de que en su artículo «La plaga del silencio» (*El País*, 3-1-1982) abominara de la segunda tanto como de la primera. De hecho, como demuestra Rosa Benítez, la crítica se empeñó en encasillarlos en moldes opuestos a los de la ardua vía que quiso seguir: algunos llamativos recursos gráficos en su obra hicieron que se la incluyese en la poesía visual, cuando precisamente el poeta salmantino se esforzó, frente a la «hegemonía de lo visual» en la tradición occidental, por explorar los sentidos del tacto y del oído.

Se trataría de una poética de la escucha que en sus primeros poemarios (*El jornal* o *Amor peninsular*, descartados por Ullán de su poesía reunida *Ondulaciones*) presta especial atención a un léxico rural y olvidado, al que saca de su contexto y dota de una extrema singularidad. A partir de *Mortaja*, y siguiendo el verso de su poema inicial («Traicionarás los salmos de tu tribu»), inicia un camino ya desengañado de cualquier poesía

JOSÉ-MIGUEL ULLÁN

Por una estética de lo inestable



social, una vía solitaria opuesta tanto a los «bardos delicados» como a los «bardos poblados». El conocimiento de Benítez de otras literaturas relaciona los «paisajes sonoros» que Ullán creaba incorporando y resignificando las hablas recibidas, con la «estereofonía» teorizada por Barthes o la práctica de Montale, que en *Satura* decía: «Escuchar era tu única manera de ver».

Junto a la escucha, el otro elemento nuclear de la poesía de Ullán, presente bajo otras formas en su crítica, es la ironía, de la cual se traza primero su historia teórica, desde Platón al romanticismo alemán, en unas páginas algo extensas, pero necesarias para abordar su práctica en Ullán: lejos de ser un mero recurso retórico, está en la base de su actitud al escribir, pues la concibe como modo de apertura semántica, en una ambigüedad que produce un discurso siempre disruptivo e inasimilable de modo unilateral.

Si, como dijera Heidegger hablando de Nietzsche, el verdadero filósofo concentra su filosofía en un solo pensamiento, José-Miguel Ullán habría resumido el camino que iba a seguir su poesía en los versos que abren su primer poemario: «*Amatando* el candil / tan en mi hogar / y, sin embargo, cósmico». Ese fue el solitario camino que emprendió Ullán: partir de lo más concreto, de las expresiones locales de su tierra, para deslocalizarlas, dislocarlas y colocarlas en un texto que dialogaba con las vanguardias internacionales. Lejos de los perplejos que seguían sin entenderlo, siguió un camino subversivo que celebraba lo inestable de todas las certezas y cuestionaba el modo inevitable en el que cualquier lenguaje trasluce una ideología. Muy al tanto (no en vano residió largo tiempo en París) de las teorías de *Tel Quel* y el «placer del texto» predicado por Roland Barthes, entendió este como un placer perturbador, difícil de alcanzar, y para el cual el libro de Rosa Benítez Andrés nos proporciona la mejor guía existente hasta la fecha.